

Latidos (de vainilla y 'puedeser')

Distancia y soledad

¿Por qué siempre se nos va la gente que más queremos?

Seguimos sin dar con la respuesta; nos brota de nuevo la pregunta.

Lo malo no es la soledad; lo duro es sentirse solo. El castellano, tan lleno de matiz y de riqueza, quizá no acierte en este caso a precisar todo el sentido.

Utilizamos la misma palabra -"soledad"- para designar a realidades bien distintas de raíz.

Los ingleses -por su parte- se esfuerzan aquí por distinguir: aluden a la *solitude* para referirse a una soledad opcional y voluntaria; mientras que recurren a su *loneliness*, para dar certera cuenta de aquel estado o situación que viene impuesto, que resulta obligatorio, que te llega sin tú elegirlo... y encima sin tú quererlo.

En *El miedo a la libertad*, Fromm parece tenerlo claro: "Sentirse completamente aislado y solitario conduce a la muerte"; pero es consciente -asimismo- de que el aislamiento que duele y mata nada tiene que ver con la proximidad o el contacto material.

Es la desconexión con valores, símbolos, personas, referentes... lo que genera la *soledad moral*: es ésta la insalvable, la que motiva la falta de "comunidad y pertenencia".

La *soledad física* -mientras tanto- es más bien accesoria, colateral, prescindible... siempre en parte pasajera.

Estos matices explican la contradicción: estando en plena multitud, estando por completo inmersos en ruido, tumulto y jaleo; podemos sentir -nada más- la incondicional compañía de la ausencia.

De la misma manera, se comprende así, también, todo el proceso inverso: estar arropado por su abrazo, estar cubierto en su sonrisa, estar lleno de su mirada, estar sujeto a su caricia... sin necesidad de estar al lado.

La lejanía no la marca el kilometraje. Las cercanías no las mide la distancia. Se puede estar lejos, pero cerca; se puede estar codo con codo, y separar todo un abismo.